



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



Jornada Nacional del enfermo
8-XI-2009

Textos:

Rey.: 17, 8-16

Heb.: 9, 24-28

Mc.: 12, 38-44

“Esta pobre viuda ha puesto más que cualquiera de los otros”

La Palabra de Dios nos conduce a un solo tema: la ofrenda a Dios. Los ejemplos que hoy se nos proponen son: la ofrenda de la viuda de Sarepta, al entregar al profeta Elías, con absoluta confianza en la providencia divina lo poco que tenía para comer. En la Carta a los Hebreos, la ofrenda es el mismo Cristo que “se ofreció una sola vez para el perdón de los pecados de la multitud”. Por último, en el evangelio, Jesús contempla como la gente deposita la ofrenda en el Templo, tanto la de los ricos como la de una pobre viuda.

El Señor rescata una profunda diferencia entre aquellos que dan, pero no se dan.

El episodio evangélico que hemos escuchado, nos lleva a meditar brevemente sobre el Altruismo y su contrario, el Egoísmo.

El “Altruismo” cuya negación es el “Egoísmo” que no es otra cosa que el afán de búsqueda de sí mismo, mientras que el altruismo es el desprendimiento de sí mismo en la búsqueda del otro.

Los personajes que daban en abundancia, lamentablemente se buscaban a sí mismos, a diferencia de la viuda que daba todo lo que tenía y de la que Jesús no dirá nada sobre su recompensa porque tiene la recompensa en sí misma; a ella no le preocupaba el juicio de los hombres sino el de Dios.

El Señor define la condición de la viuda como de condición humilde, pero no solo por la falta de medios materiales sino porque su actitud es la de aquel que desterró de su corazón la soberbia que, dice san Agustín, es fundamentalmente “un amor perverso de sí mismo”, “el deseo de una grandeza perversa” (Cfr. A. Sáenz). Y santo Tomás define a la soberbia como “el apetito desordenado de la propia excelencia” (Cfr. Summo Theol. II-II, 161, 6, c).

La actitud de los escribas también estaba marcada por la falta de sinceridad, por el doblez de sus intenciones ya que no buscaban la gloria de Dios sino la propia gloria y “les gustaba pasearse con largas vestiduras, ser saludados en la plaza y ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los banquetes”.

El problema de la sinceridad es en el fondo un problema de amor. “El hombre sincero no es tanto el que ve la verdad y la manifiesta tal como la ve, sino el que ama la verdad con amor puro”.

Cuando Jesús habla de los escribas, debemos reconocer que “toda la cuestión de la sinceridad es, fundamentalmente una cuestión de amor y de temor. El hombre egoísta y estrecho; el que ama poco y teme mucho no ser amado, nunca puede ser profundamente sincero, aunque a veces tenga un carácter que parezca ser franco en la superficie. En lo hondo siempre estará envuelto en doblez” (Thomas Merton. “Los hombres no son islas”).

También en el juicio que el Señor hace sobre ellos y sus actitudes, relaciona su falta de sinceridad con la vida de oración: “Fingían hacer largas oraciones” (Mc. 12, 40). “La sinceridad es, quizás, la cualidad más vitalmente importante de la oración verdadera. Es la única prueba válida de nuestra fe, esperanza y amor a Dios” (Id.).

Hermanos “no importa cuan profundas sean nuestras meditaciones, ni cuan grande nuestra liturgia, cuan puro nuestro canto, cuan nobles nuestros pensamientos acerca de los misterios de Dios: Todo es inútil si en realidad no se pone recta intención en lo que se dice” (Id.). Duras son las palabras de Jesús cuando dice: “¡Hipócritas! Bien profetizó de ustedes Isaías cuando dijo: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí*” (Mt. 15, 7-8).

No debemos olvidar que toda virtud tiene como modelo a Dios, y así lo expresa san Pablo: “No hagan nada por espíritu de discordia o de vanidad, y que la humildad los lleve a estimar a los otros como superiores a ustedes mismos. Que cada uno busque no solamente su propio interés sino también el de los demás. Tengan entre ustedes los mismos sentimientos de Cristo Jesús” (Filp. 2, 3-5).

En la viuda Jesús encuentra altruismo, humildad y sinceridad en su ofrenda.

Hoy la Iglesia en Argentina celebra el Día del Enfermo, ellos son “verdaderamente catedrales del encuentro con el Señor Jesús” (Aparec. 417).

Hermanos, todos sabemos que cuando hay un enfermo en la familia, y la enfermedad se prolonga, se hace crónica o es irreversible: el cuidado del enfermo, nos agota, perdemos fuerza y hasta la paciencia se debilita. El camino para vivir en clave humana y cristiana la situación, y poder acompañar desde el amor que se hace consuelo, no es otro que “reconocer a Jesús en el enfermo y comportarnos como Jesús con él. Sucederá así que, junto a cada cama de dolor, se reconocerá doblemente la imagen de Cristo: en el enfermo (...) y en quien lo asiste” (Pío XII. 1-X-1953). En definitiva es el encuentro de Jesús con Jesús: Jesús en el enfermo y Jesús en el que consuela.

En este día tengamos presente a los que con seriedad, diligente capacidad y amor sirven a los enfermos, muy especialmente a nuestra gente que como voluntarias y voluntarios sirven a los enfermos en los hospitales, y que todos reconozcamos en el hospital el templo en el que cada día se ofrenda la vida sirviendo a Jesús en la persona de los enfermos.

Hermanos, ¿por qué la Iglesia fundó los hospitales y los organizó, modernizó, los defendió y los sostuvo con toda clase de medios? ¿Por qué la Iglesia pide todavía hoy no permanecer extraña a ningún lugar de dolor?; la respuesta es sencilla, ella ve a Jesús en los enfermos.

Muchos y variados son los objetivos de la pastoral de la Iglesia y el sujeto de estas acciones es siempre el mismo: el ser humano, y muy especialmente el que sufre; por eso “la comunidad cristiana -dice el Papa- que no puede permanecer indiferente ante tan dramáticas situaciones (como vemos en los hospitales), advierte el imperioso deber de intervenir. La iglesia, de hecho, como he escrito en la encíclica *Deus Caritas est*; «es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario» (25, b). Auguro por la tanto, que también la Jornada Mundial del Enfermo ofrezca la oportunidad a las comunidades parroquiales y diocesanas de tomar cada vez más conciencia de ser *familia de Dios*, y las anime a hacer perceptibles en los pueblos, en los barrios y en las ciudades el amor del Señor, que pide «que en la misma Iglesia, en cuanto familia, ningún miembro sufra porque pasa necesidad» (Id.). (Benedicto XVI. Mensaje 2009).

Pidamos al buen Dios que siempre existan católicos: médicos, enfermeras, voluntarios/os, que ofrenden parte de su vida y de su tiempo en el servicio de los enfermos para que “nadie sufra solo”.

Amén

G. in D.